

Ranzato, conocedor como pocos de las relaciones hispano-italianas durante la guerra civil, contextualiza el desarrollo de la contienda civil dentro de las relaciones internacionales del momento y deja bien claro que los intereses de las naciones liberales, de la Rusia comunista y de las naciones fascistas no sólo alentaron las dos Españas, sino que echaron leña al fuego hasta que tuvieron que utilizar sus armas y hombres en una contienda más destructiva que la española en la que unos y otros se enfrentaron durante cuatro años.

La primera mitad de este documentadísimo libro está dedicada al advenimiento y la consolidación de la República; la segunda, la más original y novedosa, abandona la historia militar y en su tanto política para ofrecernos con mucho detalle la determinación y resistencia del gobierno Negrín, siempre ayudado por Rusia y auxiliado por el Partido Comunista, frente al poder de Franco y de sus fuertes aliados alemanes y políticos. Franco, pese a ser tildado de pésimo militar y ser calificado como urdidor de todo tipo de venganzas, supo nadar entre sus aliados naturales hasta lograr con el alargamiento de la guerra que el ambiente y la nueva situación fuese aniquilando un considerable número de personas que no por ser vencidas le reconocían como el nuevo jefe de la España nueva.

No estamos de acuerdo con la interpretación que nuestro autor ofrece cuando analiza la destrucción de los bienes de la Iglesia y la persecución y muerte de miles de sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos cristianos. Afirmar que los iconoclastas españoles y los autores de muertes tan violentas como injustas actuaban, en el fondo, movidos por razones religiosas y que con este comportamiento estaban practicando por fin la verdadera religión, nos parece más un mero acercamiento que una mera hipótesis de trabajo.

Esta pequeña crítica no nos impide afirmar que nos encontramos no sólo ante una magnífica síntesis de nuestra historia nacional, sino ante una obra preñada de intuiciones, hipótesis, luces y vías para seguir estudiando nuestra realidad nacional y desde el análisis reconstruir con la máxima objetividad y ponderación posibles nuestra imparcial memoria histórica.—ALFREDO VERDOY, S.J.

SALAVERRI, JOSÉ MARÍA, *Madrid, verano 1936. Miguel Leíbar y compañeros. Marianistas-mártires* (PPC, Madrid 2007), 285p., ISBN: 978-84-288-1827-8

La persecución religiosa desencadenada durante la Guerra Civil española, que costó la vida a casi siete mil personas de condición religiosa (entre ellas doce obispos y un administrador apostólico), está viviendo una renovación historiográfica que se encuentra en relación directa con los procesos de beatificación y canonización que está llevando a cabo la Santa Sede en los últimos tiempos. Desde esa perspectiva, las diferentes órdenes religiosas están brindando sus particulares homenajes a quienes perdieron la vida dentro de su congregación, y el libro que ahora pasamos a analizar constituye una buena muestra de ello. José María Salaverri, quien fuera Superior General de la *Compañía de María* entre 1981 y 1991, y hombre de acreditada trayectoria intelectual, ha realizado una sencilla semblanza sobre cuatro marianistas ases-

nados durante la contienda civil: Miguel Leíbar, Florencio Arnáiz, Sabino Ayastuy y Joaquín Ochoa. Cuatro hombres para un mismo trágico destino, que nos recuerda las absurdas razones por las que en no pocas ocasiones a lo largo de la Historia algunos han podido perder la vida. Cuando decimos absurdas, nos estamos refiriendo a la simpleza de juicios de quienes, por ejemplo, decidieron poner fin a la existencia de cuatro personas inocentes. Porque lo que no es absurdo, y eso lo recuerda el también marianista Enrique Torres Rojas, es morir dando testimonio de su fe en Cristo, llevando adelante el seguimiento del maestro hasta dar su vida por Él. Con acierto señala Torres Rojas que al martirio cristiano hay que darle forzosamente una perspectiva *crisológica*, ya que fue Cristo el primero que dio su vida como señal de amor al Padre y a sus hermanos.

Puede decirse que en el caso de los cuatro marianistas cuyo martiriología se testimonia en este libro, Miguel Leíbar asume el papel estelar. De hecho, era el único de los cuatro que se había ordenado sacerdote (recordemos que en la *Compañía de María* tradicionalmente han sido mayoría los religiosos no sacerdotes sobre los que sí lo son), pero es que además, de entre estos cuatro, era el que tenía mayor peso dentro de la orden. Leíbar era vasco, por tanto oriundo de una zona tradicionalmente prolífica en vocaciones, y desde el primer momento se nos muestra como un hombre tenaz y perseverante que va sorteando con éxito las dificultades que entraña el sacerdocio. Como tantos marianistas, Leíbar había pasado por el seminario de la ciudad suiza de Friburgo, un Colegio («Saint-Jean») que la *Compañía de María* había fundado tras ser expulsados en 1903 de su país originario (Francia, donde había nacido su fundador, el Beato Guillermo José de Chaminade). Este centro pronto tendría renombre y de hecho por allí pasarían personas de la relevancia del escritor Antoine de Saint-Exupéry e incluso el actual Rey de España, Juan Carlos I. Concluida su formación, y tras ordenarse sacerdote en 1915, Leíbar pasaría a la acción y sería enviado a una de las provincias de España donde los marianistas han arraigado con más fuerza: Cádiz, donde en la actualidad poseen dos centros educativos (uno en la propia ciudad de Cádiz y otro en la de Jerez). De hecho, sería a este último (el llamado «Chapín», en Jerez de la Frontera), donde iría destinado Leíbar. Ya en este primer destino, a la luz de lo escrito por Salaverri, vislumbramos la figura de un sacerdote dedicado en cuerpo y alma a su doble tarea religiosa y educativa que no duda en arriesgar su propia salud poniendo en marcha un pozo aunque ello tuviera un evidente coste para la misma.

Quizá lo más interesante de la vida de Miguel Leíbar, como también lo es de los otros tres marianistas biografiados en esta obra, en que ésta discurre por los complejos meandros de la vida política española. Leíbar hubo de asistir a numerosos episodios que ponían de manifiesto una sola realidad, y era la crisis permanente en la que se encontraba sumido el país: desde la incapacidad de la monarquía de Alfonso XIII para hacer frente a los graves problemas estructurales (las campañas de Marruecos pusieron al descubierto las enormes carencias nacionales), hasta la fallida experiencia de la II República, pasando por el fracaso de una dictadura, la liderada por el General Miguel Primo de Rivera. En ese sentido, no sabemos si Leíbar pensaba que podía acabar sucediendo lo que sucedió, pero lo que sí está claro era que había una «cuestión religiosa» en España que no pudo ser solucionada de peor manera. Esa «cuestión religiosa» ciertamente se había puesto de manifiesto particularmente durante los debates

que llevaron a la aprobación de la Constitución de 1931, y es verdad que los años anteriores habían sido más tranquilos, aunque resulta exagerado por parte del autor hablar de los «tiempos alegres y confiados» de los años veinte. Ciertamente desde el punto de vista de la vida religiosa prácticamente no se atisbaban conflictos de índole religiosa, pero la Iglesia era consciente de que el país atravesaba por circunstancias muy difíciles y que en el terreno de la fe se estaba viviendo un fenómeno secularizador que no podía ni debía ignorarse. Otra cuestión bien distinta era que se esperaran hechos tan graves como la «quema de conventos», la desaparición de la enseñanza religiosa, la disolución de una orden (la *Compañía de Jesús*) y, en definitiva, la pérdida por parte de la Iglesia de su tradicional presencia dentro de la vida nacional.

El libro nos muestra, desde esa perspectiva, a un Leíbar tremendamente sereno en los momentos más duros que durante todo aquel tiempo hubieron de vivirse, situándose el epicentro de los mismos en los meses inmediatamente posteriores al llamado «Alzamiento nacional» (18 de julio de 1936), ya que Madrid, que era la ciudad donde él residía desde hacía tiempo, debemos recordar que había quedado en manos republicanas. Para ese momento, como recoge la interesante correspondencia de Leíbar con diferentes personas, el sacerdote marianista, que poco antes se había mostrado bastante optimista sobre el futuro de España, tenía asumido que podía suceder lo peor. Pero su fe le permitía asumir su posible trágico destino con tranquilidad, no temiendo «ni la persecución, ni la cárcel, ni la muerte» porque, en definitiva, él aceptaría los designios de Dios. El relato de José María Salaverri, que sigue de manera detallada los días vividos desde el 8 de julio hasta el 28 de ese mismo mes, día de la ejecución del sacerdote marianista, constituyen al mismo tiempo una trágica historia y una bella historia de fe. Porque Leíbar dio siempre la cara, se preocupó hasta el último momento de que no perdieran la vida inocentes e incluso murió abrazado a otra persona (un soriano llamado Melitón Díaz de Guereñu) en el momento de su ejecución a manos de milicianos. Su muerte, en ese sentido, da pleno sentido a la palabra «martirio», ya que Leíbar perdió su vida dando testimonio de su profunda fe en Cristo.

Parecida fue la tragedia vivida por los otros tres marianistas, que perdieron la vida siendo mucho más jóvenes que Leíbar (quien tenía cincuenta y un años cuando murió): el mayor de los tres era Florencio Arnáiz, con veintisiete años; le seguía Joaquín Ochoa, con veintiséis; y, finalmente, Sabino Ayastuy apenas rondaba los veinticinco. Arnáiz era palentino, mientras que Ayastuy y Ochoa eran, como Miguel Leíbar, vascos. A la luz de la documentación manejada por José María Salaverri, Ayastuy aparece como un hombre con un carácter difícil, mientras Ochoa presenta bastante menos problemas. Mientras, Florencio Arnáiz hacía gala de una notable humildad. Las trayectorias de Ayastuy y Ochoa discurrirían bastante paralelas, compartiendo formación y destinos. En los tres casos sus vocaciones tuvieron un especial valor, porque hubieron de forjarse en un clima muy poco propicio para la Religión. Así, el libro de Salaverri está lleno de anécdotas que ponen de manifiesto hasta qué punto se vivió un clima anticlerical durante la II República, afectando incluso a la zona de mayor tradición religiosa (como lo vivido por Ayastuy en el Valle de Léniz, donde fue atacado por un grupo de albañiles).

Los destinos de Arnáiz, Ayastuy y Ochoa se cruzarían al coincidir en el Colegio del Pilar de Madrid, y ya no se separarían hasta el 14 de septiembre de 1936, en que fueron los tres ejecutados. Su trágico final ejemplificaba una vez más el drama de una idea errónea, y era que la Iglesia tenía la culpa de los males del país: por tanto, si se

acababa con ella, se acabaría con dichos males. El tiempo se encargaría de demostrar que no era así. España superaría décadas después sus graves problemas estructurales y la Iglesia seguía allí presente, en consonancia con la honda tradición cristiana, en su concepción católica, que siempre ha caracterizado a nuestro país. Una tradición que se ha mantenido a lo largo del tiempo pero que a veces, como pone de manifiesto este libro, ha tenido un altísimo coste para la Iglesia en España.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

VERDOY, ALFREDO, S.J., *50 años de presencia de la Compañía de Jesús en El Pozo del Tío Raimundo* (Provincia de Castilla de la Compañía de Jesús, Madrid 2005), 104p., ISBN: 84-609-7121-X

Uno de los campos menos conocidos dentro de la Historia de la Iglesia española en el siglo xx es el referido a su acción social y caritativa y, en definitiva, a su acercamiento a los más necesitados. Desde esa perspectiva, el libro que en esta ocasión damos a conocer al lector constituye una interesante contribución sobre la acción de una orden concreta (la jesuítica) en un lugar también concreto (El Pozo del Tío Raimundo, uno de los focos con mayor grado de marginalidad de la ciudad de Madrid). Se trata de una monografía sencilla en su concepción y en su redacción, pensada para el gran público, que permite una lectura amena de un tema que, según se va adentrando uno él, resulta cada vez de mayor interés, en la medida en que enlaza con muchos campos de investigación, como, por ejemplo, el problema del marxismo y su arraigo en la clase trabajadora.

Este libro, que el Profesor Verdoy ha querido dedicar al Padre Martín de Nicolás, después del también jesuita José María de Llanos uno de los hombres más significados en la presencia jesuita en El Pozo, tiene, desde el punto de vista de la investigación, la novedad de aportar documentos pertenecientes al archivo de la *Compañía de Jesús* ubicado en Alcalá de Henares. Estos documentos arrancan de una fecha concreta (el año 1955), y tienen en el Padre Llanos una referencia ineludible e inexcusable. En ese sentido, no se trata del primer libro que acerca al lector la figura de Llanos, pues ya hace unos quince años el historiador de la Iglesia José Luis González-Balado publicó una biografía de Llanos, a la que luego seguiría otra obra sobre este mismo sacerdote. Para Alfredo Verdoy, Llanos fue una persona «polémica, rica y contradictoria. Plena de matices; con muchas subidas y bajadas de humor». Lo cierto es que, como refleja la monografía de este historiador, Llanos podría haberse conformado con la excelente posición de que disfrutaba, ya que había gozado del privilegio de enseñar la asignatura de Religión (en ese momento obligatoria también en el ciclo superior) en la Escuela de Caminos, Canales y Puertos. Es decir, era docente en uno de los centros más elitistas desde el punto de vista intelectual para un país que, devastado por una guerra civil, necesitaba de una urgente reconstrucción tanto material como espiritual.

Al tiempo que impartía estas clases, Llanos se dedicaba a otras tareas, ya que se trataba de un trabajador incansable: ejercicios espirituales, periodismo, divulgación educativa..., todo ello llenaba una vida plena de dedicación a su vocación sacerdotal. El gran problema para Llanos es que, a pesar de que el marco político resultaba fran-